

mente, su capítulo «Interpretación de la cueca» responde a bellas cualidades, a un singular compás de ángulos agudamente captados.

El capítulo que titula «El desierto fecundo» está captado, a nuestro parecer, con una honradez plena, pero que es un tanto incompleta. Después de todo lo que Durand ha recogido del Norte, queda, sin embargo, mucho que ver. Parece que el Desierto no muestra muy rápidamente todo cuanto tiene dentro. Es necesario estar mucho junto a él, llevarlo por mucho tiempo sobre el rostro nuestro, para que nuestra sangre haga el milagro sorprendente de beberse esas cálidas entrañas. Es, a nuestro parecer, como intimar con la selva o el mar. Y la prueba más evidente de esto, es que Luis Durand expone un conocimiento muy sólido del campo chileno, de sus cualidades o defectos, que no sólo en este libro ha demostrado, sino en todos sus otros, y en sus cuentos y artículos dispersos, antiguos o recientes. No es que este capítulo nos disguste o nos produzca resistencias graves; sólo señalamos diferencias que, por lo demás, sentimos íntimamente.

Largo sería examinar otros interesantes capítulos de «Presencia de Chile». Así también, los trozos de singular simpatía que se llaman «los barcos que no pueden zarpar», «Pájaros prisioneros». Ellos atestiguan el valor del libro, le animan con una prestancia delicada y movida, haciendo que percibamos a Chile en cada uno de sus ángulos.

«Presencia de Chile» viene ilustrado por Antonio R. Romera; son sus ágiles líneas que nos acompañan en todas partes.
—VÍCTOR CASTRO.

<https://doi.org/10.29393/At209-14SNLD10014>

UN SUDAMERICANO EN NORTEAMÉRICA, por *Luis Alberto Sánchez*. Ercilla, 1942

Dice el autor de este libro, en el primer capítulo de él, que en un comienzo tuvo la idea de escribir un libro somero

sobre los Estados Unidos, a manera de represalia por lo que hacen los autores yanquis y europeos que vienen a la América Latina que, después de seis semanas, durante las cuales recorren veinte países, escriben una obra en la cual pretenden reflejar la verdadera realidad de ellos y exhibir los problemas que los afectan en sus causas y efectos más trascendentes,

Pero Sánchez muy pronto desistió de este primer impulso. Su honradez de escritor, no pudo eludir la responsabilidad que le cabe a un hombre que tiene conquistada una solvencia literaria y una capacidad efectiva de observador, para apreciar en sus aspectos más salientes la vida de un pueblo de tanta importancia y significación, dentro de la civilización moderna, como es la del norteamericano. Y entonces se dió a observar atentamente lo que sus ojos veían, lo que oía a diario, y lo que su sensibilidad de latino le hacía experimentar frente a ese poderoso jirón de humanidad que vive en los Estados de la Unión. Así, estudiando, inquirendo, observando, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo ni coger por los prejuicios, ha logrado escribir un libro substancial, porque en él hay expuesto un balance del espíritu de ese pueblo y de su poderío material, sin sujeción a ningún influjo extraño. Con una libertad de criterio que permite al lector formarse una idea definida, que a la vez da margen para discutir al autor muchos puntos de vista, susceptibles de ser apreciados de distinta manera.

La amplitud de criterio con que Sánchez ha emprendido este trabajo, se advierte desde el comienzo de su obra. En el capítulo Ariel y Calibán deshace la aparente verdad que existía en aquellas afirmaciones de Rodó, cuando aseguraba que los Estados Unidos eran Calibán y la América Latina, Ariel, O sea, ellos la materia y nosotros el espíritu, cuando en realidad los hechos no correspondían a tan bella creencia. Otro tanto ocurre en el caso de la «Dollar Diplomacy». Sánchez destaca el hecho de que en los Estados Unidos se nos juzgara como unos mestizos corrompidos, al generalizar el caso de gobernantes ve-

nales, sin parar mientes en quienes eran los que venían a corrompernos. Con esta imparcialidad, y señalando los hechos más conocidos de la política de los Estados Unidos en su relación con los países de nuestra América, y que dieron origen a la desconfianza y al prejuicio que aun persiste en un gran sector de la vida sudamericana, Sánchez revela la intención de su obra. No pretende exaltar ni desmerecer. Desea antes que nada destacar la verdad. Poner a cada rato los hechos en la balanza, para que se vea de qué lado se cargan.

Es un sistema sincero de mostrar lo que es un pueblo. De ese modo no es difícil advertir, con vivo relieve, cuáles son sus defectos y sus virtudes. En un desfile de imágenes abigarradas vemos los aspectos más singulares de esa gran nación. Hay capítulos que en realidad están sobrecargados de datos estadísticos, de cifras, de nombres y de citas. Es un apretado y denso tumulto que marea. Pero de pronto salta como un chispazo lleno de gracia luminosa, la observación certera, el detalle preciso, la observación aguda que ubica a un tipo y le da sus características verdaderas. Y para demostrar cuánto de erróneo y de relativo hay en los prejuicios y en las informaciones que encierra una disimulada tendencia, Sánchez nos muestra en su aspecto íntimo y humano, al yanqui que se aleja por completo de ese tipo que conocimos en el cine y del cual ya tenemos una imagen tan persistente que, aun no obstante lo que afirma este sudamericano inquieto y curioso, nos cuesta acomodarnos a esta nueva imagen.

Hay en el libro de Luis Alberto Sánchez, capítulos de extraordinario interés por la curiosa perspectiva humana que dejan ver. Entre ellos ése que se refiere a los negros, con su dolor, con su rebeldía, con su arte que es el reflejo de su drama permanente. La tragedia del hombre humillado, sujeto al estigma ancestral, como una fiera a la cadena que no puede romper. Curioso por la plástica sensación que introduce en el espíritu del lector, es el capítulo titulado «El American Citizen».

Sus notas coloridas y precisas, por el acierto de sus comparaciones con las de Sudamérica, de las ciudades yanquis. Y asimismo sus impresiones del ambiente de las diversas universidades que le tocó recorrer, ya fuera como visitante o profesor.

El libro de Sánchez es, sin duda, una de las visiones más certeras y profundas que conocemos en el aspecto material y espiritual de lo que es la vida allá en la tierra de Lincoln y Walt Witmann.—LUIS DURAND.



RUMOR DEL MUNDO, por *Julio Barrenechea*,—Editorial
Nacimiento

Entre los numerosos libros de poesía publicados últimamente en Chile, se destaca «Rumor del Mundo». Es esta obra una colección de poemas iluminados por una fuerte y penetrante luz lírica. Se advierte en ellos, no ya el balbuceo del que comienza, sino al poeta dueño de sí mismo, al dominador del verso y de su propia voz. La expresión de Julio Barrenechea que comenzara en «El Mitin de las Mariposas», y más tarde en «Espejo del Sueño», continúa hoy conservando las mismas características. Es decir, gusto estético, sensibilidad delicadeza y especialmente la alegría de sus imágenes, livianas y juveniles. Algunos de los motivos son también tomados con la misma agilidad intelectual. Conserva Barrenechea una actitud. Gozo de vivir, de sentir y de expresar. Frente a los motivos el poeta si no se divierte, hace un juego peligroso, en el que siempre sale con gallardía. En sus poemas, las flores y algunos elementos sutiles, frescos y fragantes, viven resplandecientes, condecorando sus emociones. Frente a la naturaleza, o sintiendo el Rumor del Mundo, recoge como un caracol, o como un espejo el aroma frente al campo, su visión bosquejada ante la ciudad, el reconocimiento y homenaje a sus amigos pintores y